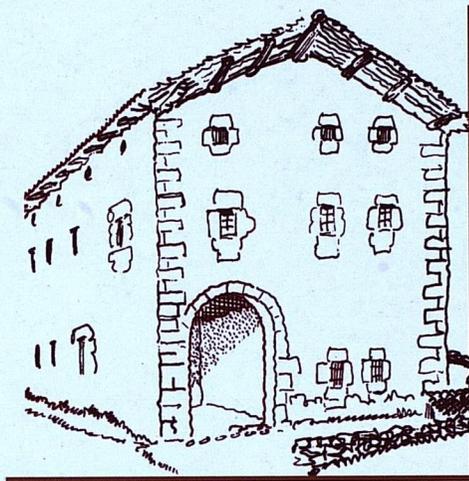


PREGÓN

SIGLO XXI

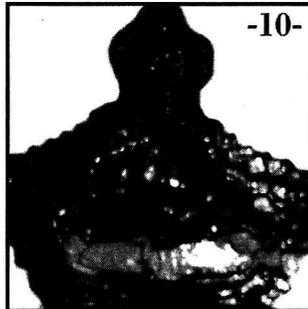
Revista Navarra de Cultura desde 1943

• EL SISTEMA FORAL DE NAVARRA (I)



- Las ventas de Navarra
- Alfarería de Estella
- El escultor Rafael Huerta
- Los mozos de espadas
- Mariano José de Larra
- La Guerra de la Independencia en Navarra
- Narrativa • libros

SUMARIO



JUAN ITURRALDE Y SUIT (1840- 1909), UN ROMÁNTICO TARDÍO EN EL REGIONALISMO TRADICIONALISTA *C. Mata* [3]

LA ALFARERÍA DE ESTELLA: LOS CUCHAREROS *J. M^a Muruzábal del Val, J. M^a Muruzábal del Solar* [10]

De ventas y venteros en Navarra
DE VENTAS Y VENTEROS EN NAVARRA *J. R. de Andrés Soraluze* [15]

LA VENTA DE LAS BARDENAS REALES (O DE SAN FRANCISCO JAVIER) *J. M^a Corella* [18]

ORDENANZAS Y ARANCEL DE VENTEROS EN 1608 *A. I. Martínez Arce* [23]

VENTAS Y MESONES EN TIEMPO DE CERVANTES *José Esteban* [25]

entrevista: RAFAEL HUERTA CELAYA *F. Irujo* [28]

LARRA, 24 DE MARZO DE 1809 *J. R. de Andrés Soraluze* [34]

EL SISTEMA FORAL DE NAVARRA
ORIGEN DE LOS FUEROS DE NAVARRA *J. Salcedo* [41]

LAS INSTITUCIONES DEL REINO DE NAVARRA *J. Sánchez Álvarez* [45]

LA LEY DE CONFIRMACIÓN DE FUEROS DE 1839 EN EL DIARIO DE SESIONES DE SENADO *J. J. Viñes* [49]

NAVARRA DE REINO A PROVINCIA *M. Vázquez de Prada* [53]

LAS BASES JURÍDICAS Y CONFLICTOS EN LA PERVIVENCIA DEL RÉGIMEN FORAL DE NAVARRA ENTRE 1814 Y 1982 *M. M^a Razquin* [57]

¿ES LA LEY DE AMEJORAMIENTO UNA LEY PACCIONADA? *F. Aizpún* [61]

del archivo de Pregón: FUERO *A. D'Ors* [65]

ANÓNIMOS DE TORO: LOS MOZOS DE ESPADAS *J. Fernández Lerga* [71]

UN SOLO DESEO PARA EL SIGLO XXI *M^a. D. Martínez Arce* [74]

LA LITERATURA Y LOS MEDICOS *S. Martín Cruz* [77]

EXTRAVAGANCIAS ERRORES Y FALSEDADES *J. M. C.* [81]

YO TE QUIERO Y NADA ESPERO *Miguel Sarasa* [83]

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN NAVARRA
NAVARRA Y LA CONSTITUCIÓN DE BAYONA (1808) *P. Sáez* [84]

CLAROSCURO DE GUERRILLEROS *R. Ollaquindia* [88]

WELLINGTON Y PAMPELUNE *P. Lozano* [90]

JOSÉ ANTONIO JÁUREGUI *A. Escalada* [93]
libros recibidos [95]

JUAN ITURRALDE Y SUIT (1840-1909), UN ROMÁNTICO TARDÍO EN EL CONTEXTO DEL REGIONALISMO TRADICIONALISTA

Carlos Mata Indurain

Este año 2009 se conmemora el centenario del fallecimiento de Juan Iturralde y Suit, personaje relevante en el panorama cultural navarro del último tercio del siglo XIX, con una amplia y variada producción escrita que abarca estudios sobre materias históricas, arqueológicas, bibliográficas (1), artísticas, folclóricas, etc., además de trabajos de índole política y producciones literarias. En cualquier caso, su figura y sus obras no resultan demasiado conocidas más allá del ámbito local vasco-navarro (2), y esta circunstancia del centenario constituye sin duda una buena ocasión para trazar aquí una pequeña semblanza y recordar, siquiera someramente, los principales rasgos de su producción (especialmente la literaria, que es la que a mí más me interesa).

Nació Iturralde y Suit en Pamplona el 23 de octubre de 1840. Siguió la carrera de Comercio y Mercantil, estudiando en la Escuela Comercial de Burdeos. En París conoció el influjo del Romanticismo, movimiento artístico-literario al que puede adscribirse su obra, aunque entendido en su vertiente cristiana y tradicional (3). Además, si damos por buenas las fechas que Edgar Allison Peers (4) considera que constituyen la gran década del Romanticismo español, es decir, los años de 1834-1844, entonces tenemos que aplicar a Iturralde y Suit la etiqueta de romántico tardío (5).

Sus primeros artículos los publicó en *La Paz*, periódico fundado en Madrid para defender la identidad cultural vasco-navarra (6). Iturralde y Suit tuvo cierta participación en la actividad política navarra (así, en septiembre de 1868 resultaba elegido concejal del Ayuntamiento de Pamplona); pero fue, sobre todo, un dinamizador de la vida cultural. Él fue el máximo impulsor, y también secretario, de la Asociación Euskara de Navarra, presentada en Pamplona el 6 de enero de 1878, cuyo órgano difusor fue la *Revista Euskara*, que se publicó durante seis años, de 1878 a 1883 (7). Fue académico correspondiente de San Fernando y de la Historia; igualmente, formó parte de la Comisión de Monumentos de Navarra, de la que fue secretario desde 1886. Falleció en Barcelona el 17 de agosto de 1909.

Arturo Campi3n nos ofrece esta semblanza del autor, y aunque se trata de una cita algo extensa, merece la pena copiarla entera: «La concordia entre el talento, el carácter y la vida pública y privada de Iturralde fue tan íntima que sus actos merecen el nombre de espejos donde se pinta la imagen cabal suya: armonioso y envidiable conjunto de inteligencia vivísima, sensibilidad

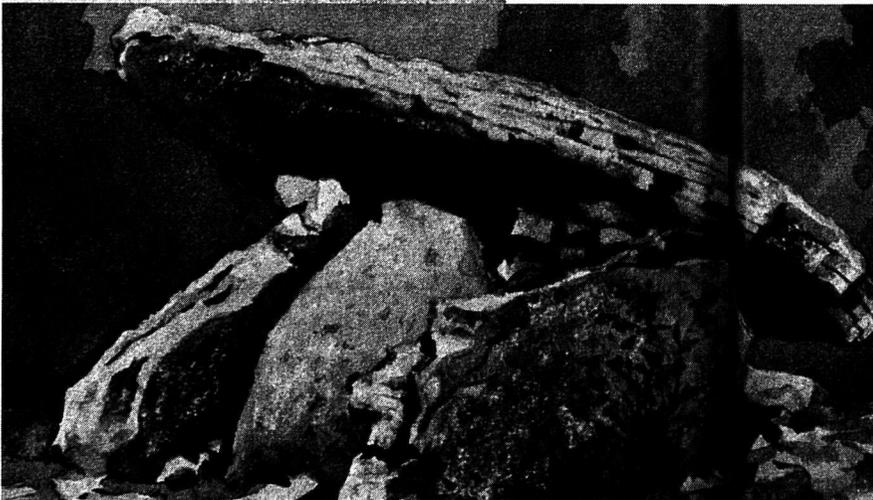
vibrante, imaginación reconstructiva, fantasía soñadora y pintoresca, corazón vehemente, ingenio festivo, espíritu observador, sagaz y paciente. Esta suma total —mediante la diaria cultura de sí mismo, los hábitos heredados, los antecedentes étnicos, el ambiente de la familia y de la patria— puede expresarse diciendo: fue un poeta, un artista, un erudito, un patriota, un caballero católico; dejó hermosas páginas en su familia, en sus obras, en su vivir para el bien y en su morir para Dios.» (8).

BREVE APUNTE SOBRE SUS TRABAJOS DE HISTORIA, ARTE Y ARQUEOLOGÍA

Iturralde y Suit puede ser considerado un verdadero polígrafo, pues aplicó su saber a terrenos diversos

Retrato de Juan Iturralde y Suit por Vidal-Cuadras.

Dibujo de la mano Iturralde y Suit del dolmen de Alto Zubeldía



como la historia, el arte y la literatura. José Javier López Antón ha estudiado certeramente esas tres facetas de su personalidad (9), encuadrando al personaje en su contexto histórico-político y cultural: las medidas centralizadoras del liberalismo español, la ley de abolición de los Fueros vascos de 1876, la reacción de los intelectuales vasco-navarros, etc. López Antón ha resumido con claridad las principales premisas de su pensamiento (como ideólogo del navarrismo) así como las características más destacadas de su obra histórica y literaria. Remito a ese documentado trabajo para más datos y para una clasificación de su producción (10).

La obra histórica de Iturralde y Suit, que se conserva dispersa e incompleta (pese a las ediciones, más o menos amplias de sus obras, reseñadas en la nota 2) incluye títulos como: «Las grandes ruinas monásticas de Navarra», «Miscelánea histórica y arqueológica», «Los castillos de Navarra durante la Edad Media», «Memoria sobre las ruinas del Palacio Real de Olite», «Las cruzadas de Navarra en Tierra Santa», «Prehistoria en Navarra» o «Memoria a la Real Academia de la Historia sobre los monumentos megalíticos de Navarra». Características fundamentales de estos escritos son el magnífico conocimiento de la historia de Navarra, basado en una sólida erudición, así como su acertada capacidad de síntesis. Con estas obras de inspiración histórica trataba de despertar Iturralde y Suit la conciencia nacional navarra en un momento histórico-político especialmente conflictivo. En este mismo apartado podríamos incluir sus artículos eruditos, dedicados a temas variados («Las guerras civiles de Pamplona en el siglo XIII», «Un conquistador navarro en el Nuevo Mundo», «La caza en Navarra en los tiempos pasados», «El tributo de las tres vacas», «Memoria sobre las ruinas del Palacio Real de Olite», «Prehistoria en Navarra...»), así como sus relatos y descripciones de viajes («Recuerdos de Ujué», «El monasterio de Irache», «Una visita al castillo de Javier...»).

OBRAS LITERARIAS

Del mismo modo, la parte literaria de sus escritos persigue el mismo objetivo ideológico: sensibilizar el patriotismo navarro. Se trata, como ha puesto de relieve el mencionado López Antón, de una literatura al servicio del renacimiento cultural y polí-

tico de Vasconia. Estas obras son en su mayoría narraciones, leyendas o tradiciones históricas que tratan de apresar la esencia de su amada Navarra: «El viejo espíritu de Navarra», «La batalla de los muertos», «La campana de Nájera», «El santuario de San Juan del Ramo», «Los perros de Martín abade», «El castillo de Tiebas», «Un episodio de la historia de Pamplona», «El organista loco de Iranzu», «Salkindaria (el traidor)», «La leyenda de San Virila de Leyre», «El puente de Miluce», «El castillo de Amayur»... Aquí el elemento histórico se mezcla a veces con la evocación de la naturaleza —destaca la sensibilidad romántica del autor ante el paisaje— o la meditación religiosa, matizado todo ello en ocasiones con notas de ternura y melancolía. Estas piezas resaltan dos ideas fundamentales, la Fe y la Patria, unidas siempre en la secular historia de Navarra.

Los relatos propiamente literarios de Iturralde y Suit pueden clasificarse en los siguientes apartados, que enumero de menor a mayor grado de ficcionalización:

1) Estampas y evocaciones líricas. Iturralde está dotado de una fina sensibilidad poética y en varias de estas semblanzas, a la vez que capta perfectamente la majestuosidad del paisaje navarro —o de las ruinas históricas conservadas—, evoca los momentos épicos, las pasadas grandezas del Viejo Reyno, que constituyen el contrapunto del momento de decadencia espiritual que se vivía entonces. Tales evocaciones románticas —pero no de pura evasión, sino cargadas de significado y simbolismo— son «Una noche en Roncesvalles» (boceto de «La batalla de los muertos»), «Las voces del viento en los Pirineos navarros», «Las brisas de los montes éuskaros», «La selva. Aguiriko-eliza», «El viejo espíritu de Navarra» o «El desolado de Rada». Algo diferentes son «Junto al hogar», texto colocado como pórtico de la edición póstuma de sus obras iniciada en 1912, que es una invitación a la reflexión, en soledad y silencio, sobre la vida (concebida como «viaje doloroso por sendas sembradas de espinas», «valle de amarguras», «vía dolorosa», pero con el consuelo de la esperanza cristiana siempre al fondo); y «El triunfador de la muerte», una reflexión sobre Dios, que es quien la vence.

2) Un segundo grupo lo formarían las leyendas,



OBRAS
DE
D. JUAN ITURRALDE Y SUIT
Correspondiente
de las Reales Academias de S. Fernando y de la Historia,
Vicepresidente de la Comisión de Monumentos
Históricos y Artísticos de Navarra

Volumen I
CUENTOS, LEYENDAS
y **DESCRIPCIONES EUSKARAS**

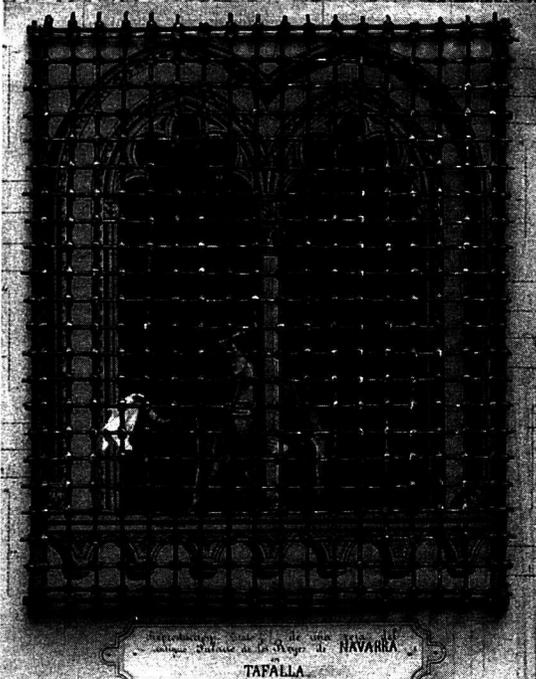
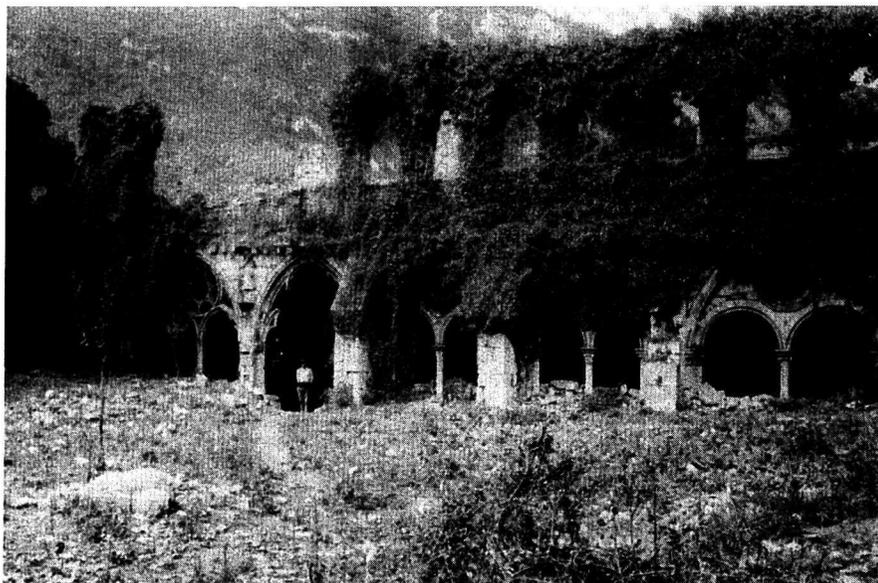
PRÓLOGO DE D. ARTURO CAMPIÓN

PAMPLONA
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE J. GARCÍA
CALLE DE LA ESTAFETA, N.º 31
—1912—

Las ruinas del palacio de Olite, una preocupación de Iturralde como miembro de la Comisión de Monumentos de Navarra.

Frontispicio de la edición de las obras completas de Iturralde y Suit, de 1912

que podrían separarse en fantásticas: «El organista loco de Iranzu», que aborda un tema muy similar al de «El Miserere» de Bécquer (ambos relatos presentan muchas concomitancias, sin que sea necesario pensar que uno ha tenido que influir en el otro; sea como sea, el relato de Iturralde fue redactado con anterioridad, aunque no salió publicado en vida: en efecto, después de publicar Bécquer el suyo, el escritor navarro no quiso dar a la estampa su leyenda, precisamente para evitar posibles acusaciones de plagio o apropiación del tema); y



Ruinas del monasterio de Iranzu donde situó Iturralde una de sus leyendas.

Dibujo de una reja del palacio de Tafalla, incluida la recreación romántica de la dama cautiva

«Salkindaria (el traidor)»; e históricas, basadas bien en un hecho propiamente histórico, bien en un suceso perteneciente al ámbito más vaporoso e impreciso de la tradición: «Los perros de Martín abade», «La campana de Nájera», «La leprosa. Balada», «El castillo de Tiebas», «Un episodio de la historia de Pamplona», «El santuario de San Juan del Ramo», «La leyenda de San Virila de Leyre», «El puente de Miluce» o «El castillo de Amayur», fragmento de una proyectada obra sobre la conquista de Navarra en 1512. Otra narración como la

titulada «Juan Fermín de Leguía» se acerca a un hecho histórico que es además cuasi-contemporáneo del autor (un episodio de la guerra de la Independencia en el año 1813), con menos posibilidades por tanto de idealización al narrarlo.

3) Apólogos o ejemplos. Son relatos como «El ruiseñor de Errota-zuri», «La paciencia y la limosna», «La felicidad» o «Las lágrimas de la tribulación», con personajes-tipo y una fuerte carga simbólica, en los que se propone una enseñanza, ya a la conciencia de todo el pueblo vascongado (en el primero), ya a

cada lector en particular (en los otros tres, cuyos títulos resultan bien significativos).

4) Cuentos satíricos y morales. Guardan cierta relación con los anteriores por su carga didáctica, aunque aquí se presentan unos personajes algo más individualizados y una historia narrativa mejor desarrollada. Incluyo en este grupo «La ínsula de los Penelópidas (Cuento que no lo parece)», que es una parábola que opone los términos de la dicotomía progreso *vs.* tradición en la Europa moderna; «Del por qué los franceses cuando se ocupan de las cosas de España carecen de sentido común (Cuento)», explicación chistosa del desconocimiento por parte de los franceses de las cosas de España; «El padre Saturnino», sátira del Estado liberal moderno, uniformador y centralista, que devora a sus propios hijos, las provincias o territorios periféricos que lo componen; «Un congreso de protestantes en Pamplona», repaso cómico de algunas sesiones del Ayuntamiento en las que los concejales no hacen más que protestar por todo (de ahí el juego dilógico del título); o «Las santas misiones de *El Imparcial*», que vuelve a contrastar los intereses contrapuestos de las provincias y de la capital centralista.

Este último cuento, de marcado tono político, pone claramente de relieve que el acendrado amor a Navarra y a Vasconia o Euskal-Erria que siente Iturralde y Suit, en modo alguno estaba reñido con su profundo amor a España, complementario de aquél, y que sus posiciones políticas estaban alejadas tanto del separatismo como del republicanismo federal. El relato contrapone, como otros mencionados antes, las ideas de la tradición en la provincia frente a la capital de la nación, que simboliza el progreso y está asustada

por la extensión de un fantasma, el del «provincialismo». Para combatir y acabar con «ese monstruo engendro provinciano separatista» (p. 72), *El Imparcial* debe enviar a esos territorios del norte donde vive gente ruda, montaraz, brutal y semisalvaje, y «no hay más que montañas y curas» (p. 74), misioneros —a esto alude el título del cuento— que combatan y acaben con el provincialismo. De nuevo utiliza Iturralde el mito de Saturno como símbolo de ese centralismo capitalino incapaz de comprender a los territorios periféricos: un centralismo que desea que las provincias trabajen para que Madrid coma, y una capital que termina por devorar todo lo que la periferia produce. En cambio, para los regionalistas, que defienden las «cristianas libertades» frente a los modelos uniformadores del parlamentarismo francés, las provincias son las verdaderas ruedas que mueven la nación, «pequeñas patrias» que construyen una patria grande. Ellos no combaten a España, sino a la centralización del Estado liberal moderno, porque la unidad de la patria es algo distinto de una uniformidad (de idioma, de legislación...) obligada para todos. Iturralde defiende el auge del movimiento regionalista de Navarra, e introduce unas palabras bien claras: «... lejos de minar los cimientos de la patria común, deseamos verla fuerte, honrada, próspera y grande, como lo fue en los tiempos en que tenía más expansión el sentimiento regional, de tal suerte que, enorgulleciéndose de ser siempre españolas, Navarra pueda continuar siendo navarra y Cataluña catalana» (p. 80).

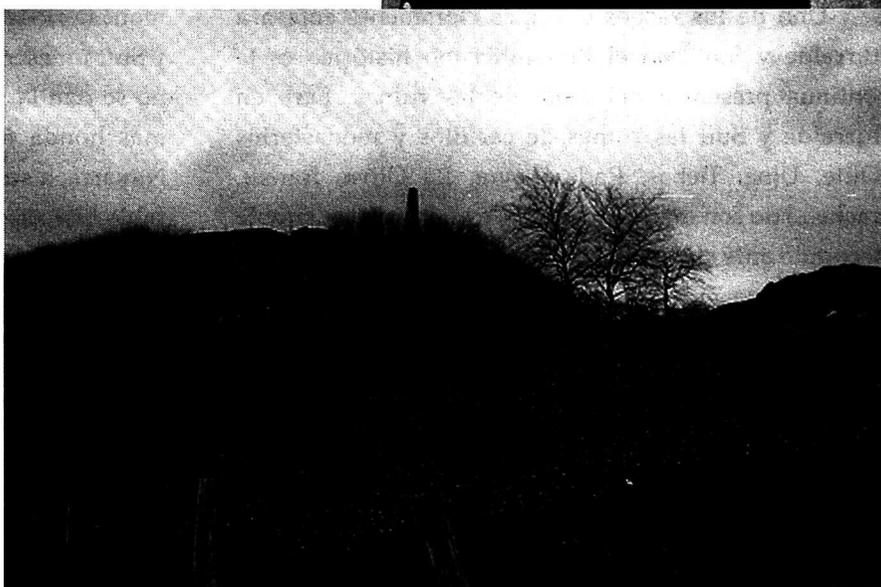
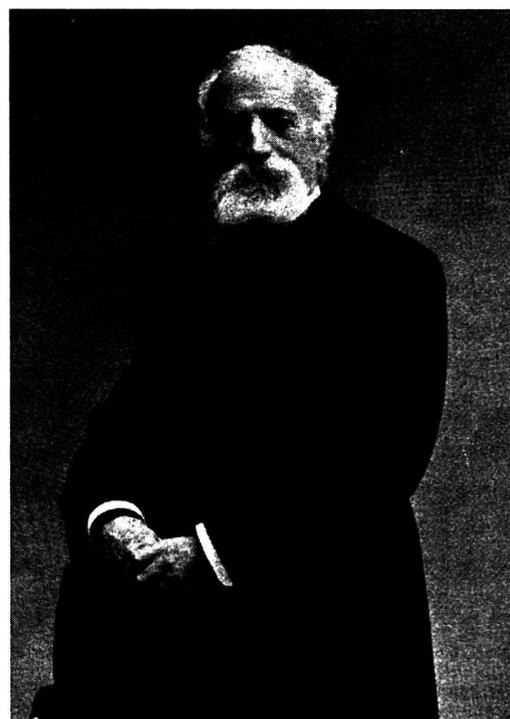
RASGOS DE SU ESTILO LITERARIO

Señalaré algunos rasgos generales que se aprecian en los relatos de Iturralde y Suit. Cabe destacar en primer lugar el uso brillante de la adjetivación en las descripciones paisajísticas: la fina captación de la naturaleza se une al hondo sentimiento de amor por la tierra que impregna esos escritos —Iturralde defiende la «navarritud vasconica»— y que lleva a una visión arcádica de la Euskal-Erría: Vasconia es uno de los últimos reductos puros e incontaminados frente a los efectos devastadores de la civilización moderna y del progreso, destructores inmisericordes de las ancestrales costumbres

de la raza (al igual que en Campión, se reitera —pero sin tanta acritud— el tópico del tren como símbolo negativo del materialista progreso moderno; véanse, por ejemplo, los relatos «Los perros de Martín abade», «Del por qué los franceses...» o «Las santas misiones de *El Imparcial*»). El tema del respeto a la tradición, encarnada en los mayores, implica en ocasiones consecuencias estructurales, ya que en varios relatos cobran mucha importancia los elementos de oralidad: el narrador es con frecuencia un viajero que tiene oportunidad

*Fotografía de Iturralde y Suit
a finales del siglo XIX.*

*Maya del Baztán, un paraje evocador
para el regionalismo tradicionalista*



de escuchar una historia de labios de un anciano, que es quien conserva las viejas leyendas y tradiciones, a quien se cede la palabra. Existen también otros relatos de magnífica arquitectura, contruidos por medio de repeticiones paralelísticas y con una estructura circular (ejemplo señero sería el de «Las brisas de los montes éuskaros»).

Carmelo de Echegaray destacó ese tono lírico de muchos de los relatos de Iturralde y Suit, al afirmar que la parte más poética de su obra son sus leyendas, «escritas con soltura y elegancia de dicción, y con animación y flexibilidad de estilo que cautiva y atrae la simpatía de los lectores» (11); en ellas —sigue explicando Echegaray— la evocación es siempre altamente poética; su escritura refleja su espíritu sin veladuras, y no hay línea que no haya sido vivida: «Así se exhala de ellas un perfume de ingenuidad, un aroma de verdad y de poesía que constituye uno de sus mayores encantos. Leerlas es penetrar en el interior del alma de Iturralde» (12); en suma, es el suyo un estilo natural, espontáneo, sincero, poético, cargado de emoción.

En fin, al brillante empleo de la adjetivación, al tono lírico y a la pericia técnica ya apuntada, se podrían añadir como marcas de estilo de estas narraciones (que, por lo general, fluyen en una prosa sencilla y sobria) la presencia de ciertos rasgos de humor —en los relatos contemporáneos, no así en los ambientados en el pasado— o la inclusión de palabras y expresiones del vascuence, que por lo común suelen ir destacadas en cursiva (por ejemplo, *sorguiñas*, *aitona*, *makillas*, *irrintz*, *lamiñacs*, *belarra*, *azkona*, *batzarre*, *mutil*, *sagarduos* ‘vascos provincianos’, etc.)

Uno de los rasgos que más claramente enlaza a Iturralde y Suit con el Romanticismo histórico es la continua presencia del tema de las ruinas. Pero en Iturralde y Suit las ruinas de castillos y monasterios (Olite, Ujué, Tiebas, Rada, Leyre, La Oliva, Iranzu, Irache...) no son meros elementos evocativos, un simple decorado ante el que plantear la acción de los episodios históricos narrados, sino que alcanzan un profundo sentido: esas venerandas ruinas constituyen un símbolo material y visible de los desgarrones, reales y dolorosos, de la identidad navarra en aquel momento crítico de la historia. Así, a propósito de las del Palacio de Olite escribe: «¡Venerables ruinas! No recordáis [...], como tantas otras, violencias, sangre e injusticias; no habéis sido una amenaza para el pueblo que se extien-

de a vuestros pies, sino su égida; no simbolizáis la opresión y la tiranía, sino que representáis la grandeza del pueblo navarro, que supo conservar su independencia a través de los siglos [...]. El pueblo que mira indiferente los monumentos de sus pasadas glorias es indigno de ocupar un lugar en la historia, y doblemente criminal cuando el pasado es tan brillante como el del antiguo reino de Navarra» (13).

En este sentido, su concepción de la historia resulta muy clara: Iturralde y Suit acude al pasado como una valiosa lección para el presente; la historia, en fin, como maestra de la vida (según la célebre sentencia ciceroniana *historia, magistra vitae*), como modelo para los tiempos modernos (14). En sus relatos contrapone un pasado glorioso con un presente de decadencia, pero en nuestro autor siempre parece quedar abierta una puerta a la esperanza regeneradora (véase por ejemplo el final de «Las brisas...»), debido en buena medida a sus creencias religiosas.

José Zalba, al tratar de Iturralde y Suit, indicaba que como literato se caracteriza por «la nobleza de miras y la delicadeza de estilo en que se revela un alma levantada, a través del temperamento de un niño» (15). Para Carmelo de Echegaray, ya lo he indicado, es en sus leyendas, evocaciones y tradiciones históricas donde mejor se muestra el aliento lírico de nuestro autor: «Iturralde tenía grandes condiciones de poeta, y las revelaba sobre todo, y en alto grado, cuando contemplaba con ojos de amor las páginas de la historia del reino pirenaico, las cocinas de los vetustos caseríos de su tierra y las ruinas que todavía pregonan el esplendor que adquirió la cultura al amparo de los monasterios navarros» (16). Es, en definitiva, Iturralde y Suit un escritor en cuyo espíritu tradicional y cristiano se dan la mano las ideas de Dios y de la Patria, la más honda fe religiosa y el más acendrado amor a Navarra, a sus gloriosos monumentos y a su incomparable historia.

NOTAS

(1) Sobre este aspecto concreto escribe Ignacio Panizo Santos, «La Biblioteca de Iturralde y Suit», *TK. Boletín de la Asociación Navarra de Bibliotecarios*, 16, 2004, p. 59: «Juan

Iturralde y Suit (1840-1909) perteneció a una generación de historiadores locales navarros que prosiguió el cultivo de la Historia, ampliándola hacia el Arte, la Arqueología o la Bibliografía. Amigos suyos eran Ansoleaga, Altadill, Olóriz, Arigita e Ilarregui. En mayor o menor medida, a todos ellos les debemos los inicios de la Bibliografía Navarra como estudio sistemático de los impresos de nuestra tierra. También eran bibliófilos, cuando era fácil y no muy costoso comprar libros antiguos y manuscritos».

(2) Un par de detalles a modo de ejemplo: el *Diccionario de literatura española e hispanoamericana* dirigido por Ricardo Gullón, Madrid, Alianza, 1993, no trae una entrada para Iturralde y Suit; y tampoco recogen su producción Felipe B. Pedraza Jiménez y Milagros Rodríguez Cáceres en el volumen correspondiente de su conocido *Manual de literatura española*, publicado por la editorial navarra Cénlit. Por otra parte, un rastreo en Dialnet (<http://dialnet.unirioja.es>), aparte de algunas ediciones divulgativas de sus leyendas, sólo arroja una ficha bibliográfica moderna, el trabajo de Ignacio Panizo Santos citado en la nota anterior; y, en fin, la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (<http://www.cervantesvirtual.com>) únicamente incluye un trabajo suyo digitalizado, «Monumentos megalíticos de Navarra». Su producción puede consultarse en *Obras de D. Juan Iturralde y Suit*, Pamplona, Imprenta y Librería de J. García, 1912-1917, cinco vols.; y en la edición de Segundo Otatzu Jaurrieta, *Obras*, Pamplona, Mintzoa, 1990, dos vols. Una selección de sus principales escritos literarios puede verse ahora en Juan Iturralde y Suit, *Leyendas y tradiciones navarras*, prólogo, edición y notas de Carlos Mata Induráin, Pamplona, Fundación *Diario de Navarra*, 2002 (col. «Biblioteca Básica Navarra», 15), cuyo prólogo, «Iturralde y Suit o el “dolorido sentir” por las ruinas de Navarra», aprovecho, ampliándolo, para esta semblanza. Puede verse también José Javier Granja Pascual, «Aportaciones de la obra legendaria de Juan Iturralde y Suit a la mitografía romántico-fuerista», *Revista Internacional de los Estudios Vascos*, 35, 2, 1990, pp. 187-213; Carlos Mata Induráin, «Juan Iturralde y Suit (1840-1909) en Irache», *Amigos de Irache (Boletín de la Asociación de Amigos del Monasterio de Irache)*, año IV, núm. 4, diciembre de 1999, pp. 4-6; así como la ficha que le dedica José María Jimeno Jurío en la *Gran Enciclopedia Navarra*, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1990, vol. VI, p. 240.

(3) Arturo Campión indica que Iturralde conoció el influjo del Romanticismo a raíz de su llegada a París: «Fue romántico desde entonces hasta su muerte, en la acepción germánica de ese vocablo, que es una de las poseídas por el romanticismo francés, pero no la única. Quiero decir que Iturralde era un sirviente de la belleza cristiana, del arte medioeval, en cuanto éste expresa la belleza espiritualista [...]. El noble romanticismo de Iturralde no se adaptó a las nuevas orientaciones naturalistas y realistas, imperantes en el arte posterior; perseveró su culto a la belleza real e ideal, sin admitir que el fin artístico pudiera ser nunca la prosecución exclu-

siva de la verdad [...], cuya esfera propia es otra» (*op. cit.*, p. XII). Y más adelante (p. XCIX) señala que fue poeta «gracias a su imaginación intensamente romántica».

(4) E. Allison Peers, *Historia del movimiento romántico español*, Madrid, Gredos, 1967, dos vols.

(5) Sabido es, en cualquier caso, que el Romanticismo extendió sus huellas literarias mucho más allá de esa frontera de 1844, y que obras con características plenamente románticas van a seguir produciéndose en las décadas de los 50, 60, 70... y hasta prácticamente finales del siglo XX.

(6) Campión, en su prólogo a *Obras de D. Juan Iturralde y Suit*, vol. I, *Cuentos, leyendas y descripciones euskaras*, Pamplona, Imprenta y Librería de J. García, 1912, pp. IX-X, evoca la circunstancia con estas palabras: «Más tarde, a la terminación de la guerra civil, fundó Loredo en Madrid el periódico *La Paz*, defensor del solar éuskaro. Allá, en sus columnas, siendo estudiante, ensayaba mis inhábiles armas de periodista; él también [Iturralde y Suit] acudió alguna vez con las suyas, bien templadas, en defensa de una idéntica causa. Sonó entonces la hora de las vocaciones irrevocables, y las sacras cadenas de Nabarra nos enlazaron para siempre».

(7) Para el contexto histórico-cultural e ideológico de Iturralde y Suit, remito especialmente a José Luis Nieva Zardoya, *La idea euskara de Navarra, 1864-1902*, Bilbao, Fundación Sabino Arana-Euskara Kultur Elkargoa, 1999.

(8) Arturo Campión, *op. cit.*, p. X; más adelante destaca también su gracejo y buen humor, su «talento cómico» (p. XXXIV).

(9) José Javier López Antón, «Juan de Iturralde y Suit (1840-1909). Ideólogo, historiador y literato», *Muga*, año XI, 1990, pp. 26-37.

(10) Una clasificación pormenorizada del conjunto de su obra ya fue adelantada por Arturo Campión en su citado prólogo a las *Obras de D. Juan Iturralde y Suit*, vol. I, *Cuentos, leyendas y descripciones euskaras*, Pamplona, Imprenta y Librería de J. García, 1912, pp. CLVIII-CCIII.

(11) Carmelo de Echegaray, prólogo a *Obras de D. Juan Iturralde y Suit*, vol. III, *Tradiciones y leyendas navarras*, Pamplona, Imprenta y Librería de García, 1916, p. VII.

(12) Echegaray, *op. cit.*, p. IX, y luego, en la misma página, pondera su «espíritu delicado y exquisito».

(13) Juan Iturralde y Suit, *Obras*, ed. de Segundo Otatzu Jaurrieta, Pamplona, Mintzoa, 1990, vol. II, p. 316.

(14) Escribe Carmelo de Echegaray, *op. cit.*, p. XIV: «La mayor parte de las leyendas del ilustre escritor navarro no son más que interpretación poética de pasajes históricos o de sucesos que se han tenido por tales, y que aun cuando no resistan al análisis de la crítica moderna, cada vez más severa y exigente, tienen, sin embargo, la vida robusta de las creaciones de la historia idealista».

(15) José Zalba, «Páginas de la historia literaria de Navarra», *Euskalerraren Alde*, XIV, 1924, p. 372.

(16) Carmelo de Echegaray, *op. cit.*, p. VI. 